

LEIBNIZ, FEIJOO Y LA BUENA CIENCIA

Armando Menéndez Viso. Instituto de Filosofía, CSIC., Madrid

Resumen: En estas líneas se trata de explorar las virtudes que la filosofía de la ciencia actual podría adquirir adoptando un cierto enfoque leibniziano, esto es, poniendo el énfasis en lo que las ciencias representan para quienes no somos científicos. Tales beneficios se perciben mejor al exponerlos desde la obra de alguien que efectivamente comparte la concepción leibniziana de la ciencia: Benito Jerónimo Feijoo.

Abstract: In these lines the author tries to expound the benefits that the contemporary philosophy of science may obtain from adopting a leibnizian point of view, i.e., emphasizing what sciences represent for those who are not scientists. These benefits could be better perceived in the work of someone who shares the leibnizian conception of science: the great figure of the spanish Enlightenment Benito Jerónimo Feijoo.

Para explicar o cambiar la suerte de una obra, resulta tan relevante la recepción que ha tenido lugar como la que no lo ha tenido. En el caso del Leibniz leído en España durante los últimos años, se ha hecho hincapié en sus trabajos científicos, en sus preocupaciones religiosas, en su metafísica, en sus aportaciones a la lógica, en su papel político, en su antropología o en sus relaciones con la cábala... y no tanto en la filosofía de la ciencia y la técnica que su obra encierra. Esta carencia es particularmente llamativa en un tiempo, el nuestro, tan condicionado por la actividad tecnocientífica. Las exposiciones de la concepción leibniziana de la(s) ciencia(s) recaen insistentemente —atraídas, sin duda, por la propia letra de Leibniz— en el ámbito meramente epistémico o metódico de lo científico. Los problemas que han interesado a los lectores más conspicuos de nuestro autor son los que encierran el arte de inventar, la característica universal, o la metafísica que sostiene el cálculo leibniziano. Ciertamente es que a la corriente general hay notables excepciones¹, pero resultan aún muy escasas para lo que los problemas contemporáneos demandan. Por eso aquí se quiere incidir en la vertiente no epistémica (*práctica* o *política*, si se quiere), en el espíritu de los escritos de Leibniz, en la perspectiva que permite otorgar a las ciencias virtud transformadora, meliorativa del género humano, tanto en lo material como en lo moral —sin menoscabo, por supuesto, de los enfoques gnoseológicos.

Al menos uno de esos problemas acuciantes, a juicio del que suscribe, debería ser planteado y afrontado por toda filosofía que quisiera decir algo sobre las ciencias y las tecnologías del presente: el de su capacidad para hacerlo. Expuesta de otra manera, la dificultad es la siguiente: dado que las tecnociencias contemporáneas han alcanzado una extensión inabarcable para un individuo, ¿cómo puede alguien decir algo sobre ellas en general? No habría aquí problema alguno si nos bastásemos con afirmaciones particulares

¹ Es el caso de Javier Echeverría o de un buen número de trabajos presentados en el Congreso Internacional «Ciencia, tecnología y bien común: la actualidad de Leibniz», celebrado en Valencia en marzo de 2001 y cuyas Actas han sido editadas por la Universidad Politécnica de esa ciudad en 2002, dentro de la *Colección Leibnizius Politechnicus*.

sobre pequeñas regiones bien delimitadas. ¿Nos bastamos? Hoy el especialista en un ámbito no puede entenderse con los especialistas de otros, a veces ni siquiera con los más próximos. Sin embargo, al mismo tiempo, las investigaciones interdisciplinarias son más necesarias que nunca, pues los grandes artificios tecnológicos (piénsese en una misión espacial, o en el control de un vertido de crudo en el mar) y los grandes retos epistémicos (conocer las causas y los remedios del cáncer, desentrañar los mecanismos cerebrales, ...) necesitan del concurso de científicos de áreas diversas. Creemos que lo que las obras de Leibniz y Feijoo tienen en común puede contribuir a esclarecer ese escollo e indicar las vías para superarlo. Desde luego, no se trata de colocar a la misma altura los logros de ambos, sino de señalar sus coincidencias. El objeto de estas líneas será, por tanto, compartir una modesta reflexión sobre la filosofía de la ciencia de nuestros días a la luz de los escritos de dos consumados polígrafos. Por otra parte, una labor de ese tipo, y no una crítica textual ni una revisión historiográfica, es lo que ambos sin duda preferirían.

El benedictino enclaustrado en Oviedo comparte con el bibliotecario de Hannover época, intención, estilo y temas. La prolijidad del genio alemán no requiere mayor ponderación. Tal vez no esté de más, sin embargo, recordar los asuntos más pertinaces de la literatura feijooniana: la lucha contra la superstición mediante la divulgación de las ciencias, la pretensión de eliminar proceder erróneos en las ciencias, el deseo de remodelar las ideas estéticas y políticas, la promoción de una reforma pedagógica, el encauzamiento de las disputas filosóficas y, eso sí, la demarcación rigurosa y la salvaguarda de las afirmaciones teológicas.

Tanto la obra de Leibniz como la de Feijoo encierran, además de muchos otros frutos, una particular filosofía de la ciencia, muy cercana a algunas tendencias contemporáneas, que no debe ser despreciada en este atribulado amanecer del s. XXI. Puede caracterizarse mediante los siguientes rasgos:

Se da en un tiempo que, como el nuestro, es rico en avances técnicos y científicos, y, por tanto, está sufriendo profundas transformaciones de todo orden. Sin embargo, conoce las ciencias de primera mano. En el caso de Leibniz, además, contribuye directa y grandemente al ensanchamiento de las ciencias.

Considera que el avance del conocimiento teórico es contingente, histórico, no solamente lógico, y corre parejo al crecimiento de las posibilidades técnicas. Alberga, pues, cierto escepticismo sobre su realización.

Es optimista, empero, ante ese avance, pues las nuevas técnicas y saberes mejoran la vida de todos. Pese a partir del escepticismo, es una filosofía entusiasta.

Por tanto, no teme la expansión de las ciencias, antes bien, la impulsa como medio eficaz para alcanzar la vida feliz, aunque limitada por ésta.

A

El siglo XVII es, como el XX, un siglo de nueva física, y de nueva ciencia en general. Tanto Leibniz como Feijoo se preocuparon de proclamarlo. El primero, incluso, fue uno de sus constructores y el mismo Feijoo lo ensalzó definiéndolo como «incomparable Sajón [...] a quien los Diaristas de Trevoux, no obstante la diversidad de Religión, apellidaron *el Legislador de las Ciencias*, y con razón; pues apenas hubo alguna parte de ellas en que no fuese eminentísimo, y en que no hiciese nuevos descubrimientos. Otros

muchos grandes hombres produjo Alemania, como los Reuclinos, los Tritemios, los Clavios, los Kepleros, los Kirquerios; pero ninguno me ocurre, que a vista de este Gigante no parezca Pigmeo»².

La potencia de los avances científicos y técnicos del momento necesita primero ser asimilada. Dada su amplitud, no es esta tarea fácil. Sería una despropósito dudar de que Leibniz efectivamente la asimiló. En el caso de Feijoo habrá que detenerse mínimamente. La obra feijooniana, como obra mayoritariamente filosófica que es, se escribe con una función eminentemente crítica «en todo género de materias»³. Esta extensión sobre todo género de materias supone un conocimiento previo de ellas; conocimiento que, pasada la mitad del siglo XVIII, no puede llamarse tal si no se apoya en las obras especializadas, protocientíficas, que comienzan a ser la única manera respetable de decir algo sobre el mundo. Se ha acusado a menudo a Feijoo de no manejar directamente las fuentes y documentos, y aun de omitir la lectura de los grandes clásicos⁴. Sin embargo es del todo imposible que, ignorando las obras de medicina, de física, de filología, ... que se escriben en su tiempo, él mismo llegara a verse acogido, y aun inmerso, en ese flujo literario de la ciencia incipiente. Por otra parte, considerar como un *defecto* de la obra del benedictino su escaso valor científico es olvidar, incomprensiblemente, que su intención declarada no es la de sumarse al torrente creciente del impetuoso y constante río de las ciencias, sino la de informar de su curso. Afirmar, como Abellán, que Feijoo «no llegó a comprender el verdadero sentido de la ciencia»⁵, o, como Maravall, que «no llega a comprender que no hay ciencia sin sistema» y que «tal vez ... no llegue a entender la auténtica significación teórica, intelectual, de la nueva ciencia»⁶ delata, al menos, los siguientes errores:

1) De apreciación. El concepto de sistema no se aplica igual al escolástico que al copernicano; las categorías aristotélicas no conforman un sistema en el mismo sentido que los elementos de la tabla periódica. No es a este último sentido de 'sistema' al que se opone Feijoo, sino más bien al que asimila el término a doctrina organizada dogmáticamente, o algo parecido.

2) De situación histórica. Prácticamente los únicos sistemas científicos del momento, al margen de los *Elementos*, son el de Copérnico y el de Newton. Quien lea el *De revolutionibus* o los *Principia* se dará cuenta de que esta crítica al benedictino está fuera de lugar; se percibirá del grado de consciencia de la relevancia de su trabajo que tenían esos autores, de su idea de ciencia. Y retirará la crítica inmediatamente. Quien no los lea, seguirá decepcionándose de vez en cuando al ver un olmo sin peras.

3) Además, no se puede exigir a Feijoo el don de profecía. Dado el estado de las ciencias en el s. XVII, no se le puede pedir más de buena fe.

Al menos su filosofía no es una especulación suspendida en el sutilísimo éter de la cavilación más o menos inspirada; se construye sobre los cimientos, aún frágiles, eso sí, pero cimientos al fin y al cabo, de los saberes de su tiempo. Con todo, subsiste la señalar la dificultad que es el motivo de estas líneas. Así lo vio Mestre, al escribir que el Padre

² *Cartas eruditas y curiosas*, Tomo IV, Carta XIII, § 5.

³ Así lo proclama el subtítulo de su *Teatro crítico universal*.

⁴ Así Abellán, en su *Historia crítica del pensamiento español*, Espasa-Calpe, Madrid 1981; t. III, p. 506, donde cita a Andrés Piquer como uno de estos acusadores a los que se suma.

⁵ *Op. cit.*, p. 505.

⁶ J. A. MARAVALL: «Feijoo, el europeo, desde América» en *Revista de Occidente*, núm. 21, dic. 1964; p. 352.

Maestro «necesita hablar *de omni re scibili*, de filosofía sin especiales conocimientos metafísicos, de derecho sin ser jurista, de historia sin haber pisado un archivo ni haber manejado documento original alguno, de medicina sin haber observado a un enfermo... Es la cruz del ensayista»⁷. Pero, ¿es necesario ser especialista en una materia para hablar de ella? Aplacemos hasta el final la respuesta a esta pregunta, pues es encontrarla lo que nos ha movido a escribir aquí. Permítasenos afirmar de momento que Feijoo parecía estar al menos bien informado, *al día*. En caso contrario, su obra habría sido denostada por doquier y olvidada con la premura del desprecio. Feijoo polemizó, sin embargo, con médicos, filósofos y teólogos que no la tacharon de ignorante.

B

Que Feijoo y Leibniz concibieron la ciencia como un progreso histórico más que como un progreso lógico se puede inferir de sus escritos sobre historia de las ciencias. Aún más, cabe ver en la obra de ambos la negación del progreso, no como hecho, sino como idea reguladora de la historia. Este es un rasgo que ambos comparten con las más actuales reflexiones sobre las ciencias.

La metafísica leibniziana, armónica y monádica, no puede amparar las explicaciones de la historia que hacen del progreso un motivo lógico. Un mundo que es ya el mejor de los posibles no puede transformarse movido por su mejoramiento. El progreso que de hecho se da es el de las mónadas, que quizá con el transcurso del tiempo puedan —gracias al aumento del conocimiento, por ejemplo— disponer de más medios para discernir la armonía preestablecida. Por eso muestra Leibniz su preocupación por el buen orden de los saberes, por su conciliación, y llega incluso a albergar el temor de un retroceso a la barbarie.

«Cuando considero cuántos bellos descubrimientos poseemos, cuántas meditaciones sólidas e importantes y cuántos espíritus excelentes hay a quienes no falta precisamente ardor en la búsqueda de la verdad, creo que estamos en condiciones de llegar muy lejos y que los negocios del género humano, por lo que hace a las ciencias, podrían cambiar de aspecto, en poco tiempo, maravillosamente. Mas, cuando, por la otra parte, veo el poco concierto que hay en los proyectos, los caminos opuestos que se toma, la animosidad que muestran los unos contra los otros (que más parece que se piensa en destruir que en edificar, en parar al compañero que en avanzar en compañía); en fin, cuando considero que la práctica no se aprovecha de las luces de la teoría, que no se trabaja en hacer que disminuya el número de disputas sino en aumentarlas, que se contentan con discursos especiosos en lugar de un método serio y decisivo, me pregunto si no vamos a quedarnos por mucho tiempo en la confusión y en la indigencia donde estamos por culpa nuestra. Temo incluso que, agotada inútilmente la curiosidad sin obtener de nuestras investigaciones ningún notable provecho para nuestra felicidad, se llegue a sentir disgusto de las ciencias y que, por una desesperación fatal, vengan a recaer los hombres en la barbarie»⁸.

⁷ A. MESTRE: *Despotismo e ilustración en España*, Ariel, Barcelona 1976; pp. 29-30.

⁸ GPS, VII 160; «La organización del conocimiento y la felicidad del género humano», en *Methodus Vitae*. (Escritos de Leibniz), vol. 1º: *Naturaleza o fuerza*, Universidad Politécnica de Valencia, 1999; pp. 5-6.

Por su parte, Feijoo, quizá exagerando⁹, afirmó encontrarse entre incivilizados, e incluso dedicó una de sus más célebres *Cartas* a las «Causas del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales»¹⁰. Y en otro lugar niega que con el correr de los años los hombres consigan ampliar sus conocimientos¹¹.

Leibniz y Feijoo comparten dos escepticismos: uno sobre la capacidad de las ciencias para desarrollarse por sí mismas, que se acaba de señalar; otro, metódico, en el seno mismo de la actividad científica. La ciencia necesita cierto escepticismo para su avance, dudar de lo que no está absolutamente probado, poner en cuestión el paradigma cuando es convencional. «Lo primero que recomendaría yo a una persona que tuviera esas intenciones [[alcanzar la felicidad propia por el conocimiento]], sería el famoso precepto de Epicarmo, *nervos atque artus sapientiae non temere credere*, no creer temerariamente lo que propone el vulgo de los hombres o de los autores, sino pedirse a sí mismo siempre pruebas de lo que uno afirma. [...] Así que no es preciso aplicarse a dudar, sino hacer investigaciones con la intención de instruirse y de confirmarse inmutablemente en los buenos sentimientos»¹². En el caso de Feijoo, el escepticismo tiene mayor calado: «Tomamos aquí la Ciencia en el sentido en que la tomó Aristóteles, y con él todos los Escolásticos, que la definen *un conocimiento evidente del efecto por la causa*. Por lo cual no excluimos la certeza experimental, o un conocimiento cierto adquirido por la experiencia y observación de las materias de Física; antes aseguramos que éste es el único camino por donde puede llegar a alcanzarse la verdad; aunque pienso que nunca se arribará por él a desenvolver la íntima naturaleza de las cosas»¹³. En otro lugar declara: «Firmo por conclusión que no hay ciencia o certeza alguna científica en las materias de Física»¹⁴.

¿Cómo se concilia este escepticismo declarado con la crítica a la duda radical que ambos autores ejercieron? Gracias a la certeza moral. El escepticismo sano es posible sólo cuando un asidero firme permite practicarlo. El ideal regulador incuestionado que permite dudar de la verdad de aquello que se presenta como conocimiento es el bien. Las ciencias están, por tanto, moralmente condicionadas. Si su práctica nos trae mal, debe ser enmendada o suprimida. El escepticismo que ambos autores reclaman no es más que la capacidad para apercibirse de la perversión del conocimiento.

Las ciencias nos pueden conducir al bien no mediante su contemplación, sino merced a su capacidad de obrar en nuestro provecho. Ni en Leibniz ni en Feijoo pueden encontrarse unas disciplinas al margen de otras, ni el conocimiento separado de las técnicas que lo acompañan. Su concepción de las ciencias es eminentemente práctica y global. Leibniz nos cuenta que «si el poder de los hombres se basa en las técnicas con las que

⁹ «Ni Feijoo está solo, ni los resultados de su crítica son tan hondos como suele creerse, ni estaba España, cuando él apareció, en el misérrimo estado de ignorancia, barbarie y fanatismo que tanto se pondera. [...] Alguna culpa, quizá no leve, tenga en esto el mismo padre Feijoo, que de modesto no pecó nunca, y parece que puso desmedido empeño en que resaltase la inferioridad del nivel intelectual de los españoles respecto del suyo», Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, t. II, l. VI, c. I, B.A.C., Madrid 2000; p. 372.

¹⁰ *Cartas eruditas y curiosas*, t. II, Carta XVI.

¹¹ *Teatro crítico universal*, t. IV, Discurso XII: «Resurrección de las Artes, y Apología de los Antiguos».

¹² *GPS*, VII 164; «La organización del conocimiento y la felicidad del género humano», en *Methodus Vitae*. (Escritos de Leibniz), vol. 1º: *Naturaleza o fuerza*, Universidad Politécnica de Valencia, 1999; p. 9.

¹³ *Escepticismo filosófico*, §VII, 30.

¹⁴ *Ibid.*, § VIII, 32.

sometemos a la naturaleza, se sigue de ello que el patrimonio de la humanidad, y por decirlo así, la herencia que nos legaron nuestros mayores, se contiene en <la> descripción de nuestro patrimonio, en <el> inventario de nuestro poder en relación con las demás cosas»¹⁵. Feijoo, por su parte, nos habla en el mismo discurso¹⁶, como partes equivalentes del mismo todo del conocimiento, de geometría, de física, de anatomía, de los espejos, de maquinaria, de cosmografía, de astronomía (que liga, por cierto, al telescopio), de la aguja náutica o de música. Probablemente ambos estarían de acuerdo en que «todo artificio notable que se descubra, sea por experimento sea por demostración, es un real y verdadero himno entonado a Dios, cuya admiración contribuye a aumentar»¹⁷. Tan artificio es la formulación matemática de los *Principia* de Newton como la máquina de calcular o la imprenta. Ambos tienen en común acercarnos al bien, mejorarnos — también por medio de la verdad.

C

El avance de las ciencias, aunque de hecho se dé, es contingente. Por eso procurarlo supone una labor esforzada. Leibniz y Feijoo se aplican a ella confiados en su buen éxito. El fruto del mejor conocimiento es un mayor bien moral, que compensará sobradamente los trabajos. Nos dejó dicho Gregorio Marañón que «era Feijoo, ante todo, un hombre de ciencias y tenía la seguridad de que a medida que el entendimiento humano profundiza más en los misterios maravillosos e infinitos de los creados, el milagro se hace cada vez menos preciso»¹⁸. O, dicho con Leibniz, el discernimiento de la lógica de las cosas nos hará más felices y volverá innecesaria toda intervención divina. «Encontrar la verdad y mostrar el modo como se la ha de encontrar, ésa parece ser la fuente de toda felicidad humana. Verdad, la cual distingue no sólo a los bárbaros de los cultos, sino también a los buenos de los malos»¹⁹.

El bien al que las ciencias nos llevan es también un bien moral. Pero en su ponderación los dos autores difieren un tanto. Para el benedictino, la ciencia sola no alcanza la verdad plena. La filosofía debe proporcionar un conocimiento verdadero del mundo²⁰, y debe abordar el mundo directamente. Pero no deja de ser *ancilla theologiae*. No obstante este sometimiento a la dogmática, el campo de la experimentación queda abierto hasta donde alcance como tal, como auténtica experimentación. Sólo la reflexión sobre esa experiencia ha de detenerse cuando entre en conflicto con las verdades de fe.

¹⁵ Klopp I, III, p. 322-323; *Consulta para la promoción del conocimiento de la naturaleza para su empleo en la vida corriente y sobre la fundación de una sociedad con este fin*, en *Escritos de filosofía jurídica y política*, Editora Nacional, Madrid 1984; pp. 364-365.

¹⁶ *Teatro crítico universal*, t. IV, Discurso XII: «Resurrección de las Artes, y Apología de los Antiguos».

¹⁷ *Couturat*, p. 28; también en p. 98.

¹⁸ Gregorio MARAÑÓN: «Evolución de la gloria de Feijoo» en *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, 1, Oviedo 1955; p. 24.

¹⁹ *GPS*, VII, 125.

²⁰ La idea de verdad que tiene Feijoo es claramente descriptivista. «<Newton> no sólo fue muy aplicado a los Experimentos, pero en ellos mostró, como en todo lo demás, aquella peregrina sutileza de ingenio de que le dotó el Autor de la Naturaleza. ... De modo que se puede decir que la valentía extraordinaria del Entendimiento de este hombre puso en tortura a la Naturaleza para que le revelase sus más íntimos secretos» (T. II, C. XXIII, 15).

D

Si las ciencias nos traen el bien, constituye un deber participarlas a todos, puesto que «la regla suprema del derecho dice que debe hacerse lo que es útil a la comunidad»²¹. Leibniz y Feijoo comparten el deseo de una enseñanza generalizada de las ciencias. Pero no, como ocurre en nuestras aulas, enfocada al ejercicio profesional de las mismas, sino como medio de mejorar la vida ordinaria de cada cual. Feijoo escribe en última instancia «para desengaño de errores comunes». Esa es una de las principales funciones del *Teatro crítico universal*: poner delante del espectador la recién y extensamente urdida trama de las ciencias para su instrucción y, por qué no, también para su divertimento. La labor de erudición y curiosidad sirve para detallar hasta dónde puede llevar la acción científica, pero el momento culminante de la obra es su presentación ante el público, las emociones que suscita. No se trata de hacer científicos a todos, como a veces da la impresión de pretender nuestro sistema educativo, sino de ofrecer a todos la posibilidad de no caer en errores comunes, de *estar informado, al día*.

Esta información universal sería imposible si no se compartiera el conocimiento. Hacer de los trabajos de las ciencias asunto público es una de las principales tareas del genio alemán y del padre español. La posibilidad de que las fuentes del saber sean de acceso universal es lo que alienta, precisamente, tanto el entusiasmo de Leibniz, como el de Feijoo. «Si todas las cosas importantes que la humanidad sabe y ha sabido fuesen conocidas y estuviesen registradas, creo que alcanzaríamos la felicidad y habríamos superado la mayor parte de las desgracias y de las incomodidades que hoy afligen a la humanidad»²². Pero no sólo porque el bien logrado por unos llegaría a todos, sino porque ese bien sería mayor: «Una ventaja no puede negarse a los modernos para adelantar más que los antiguos en todo género de Ciencias; pero debida, no a la habilidad sino a la fortuna. Esta consiste en la mayor oportunidad que hay ahora de comunicarse mutuamente los hombres aún a Regiones distantes, todos los progresos que van haciendo en cualesquiera facultades. El mayor comercio de unas Naciones con otras, y la invención de la Imprenta hicieron a nuestro siglo este gran beneficio. Algunos antiguos Filósofos lograron cierto equivalente en los viajes que hacían a aquellas Regiones donde más florecían las letras, para consultar a sus sabios. Especialmente los de Grecia era frecuente pasar a comunicar los de Egipto. Pero hoy se logra mucho mayor fruto y con mucho menor fatiga, teniendo presentes dentro de una Biblioteca no sólo los sabios de muchas Naciones, mas también de muchos siglos». La publicidad de la ciencia nos mejorará a todos tanto como a la ciencia misma. «Así pues, esta ciencia debe convertirse en pública, y estar siempre en condiciones de ser utilizada. Pública, para que lo que le falte a uno, se lo proporcionen los otros. De esto

²¹ Mollat, p. 85; *La suprema regla del derecho*, en *Escritos de filosofía jurídica y política*, Editora Nacional, Madrid 1984; p. 137.

²² Klopp I, III, p. 309; *Consulta para la promoción del conocimiento de la naturaleza para su empleo en la vida corriente y sobre la fundación de una sociedad con este fin*, en *Escritos de filosofía jurídica y política*, Editora Nacional, Madrid 1984; p. 353.

se deduce que la justicia y la caridad están unidas a la prudencia, y que, si cada uno quisiera ayudar a los demás, las cosas nos irían bien a todos»²³.

* * *

La filosofía de la ciencia inspirada por el espíritu que Leibniz y Feijoo comparten será una disciplina preocupada no sólo de los orígenes del conocimiento científico, sean estos sociales, teóricos o experimentales, sino también y sobre todo de hacer públicos los logros de las diferentes ciencias, de su mutuo enriquecimiento y de los límites que el bien común debe marcar a las intervenciones tecnocientíficas del presente. Como vieron los dos autores, hay que encontrar el suelo *moral, ético* firme sobre el que asentar el escepticismo científico, hay que obrar prudentemente, ponderar las acciones tecnocientíficas, vigilando que nuestro camino se aleje de la barbarie y de la ignorancia hacia el bien moral que no puede más que coincidir con el técnico. «La justicia no es otra cosa que la caridad del sabio, es decir, una bondad hacia los demás que se ajusta a la sabiduría. Y para mí la sabiduría no es otra cosa que la ciencia de la felicidad»²⁴. Por eso es importante la ilustración, el conocimiento directo de las ciencias. No hace falta ser científico —para eso tenemos hoy ya las herramientas enciclopédicas con las que Leibniz soñaba—, ni ser capaz de enmendar lo que se asevera científicamente, pero sí conocer lo que se dice desde las ciencias.

Tal vez el conocimiento que las ciencias nos proporcionan no nos conduzca por sí mismo al bien común, pero si pretendemos este bien, sólo en lo que las ciencias establecen podemos encontrar un mejoramiento para todos, sólo la que está presente en las ciencias (esto es, la del bien común) puede ser la razón universal, la que nos congregue a todos. Las obras de Leibniz y de Feijoo son dos buenas guías para aprender dónde buscarla en nuestro tiempo.

* * *

Armando Menéndez Viso
Instituto de Filosofía, CSIC
amv@wanadoo.es

²³ Klopp I, III, p. 328; *Consulta para la promoción del conocimiento de la naturaleza para su empleo en la vida corriente y sobre la fundación de una sociedad con este fin*, en *Escritos de filosofía jurídica y política*, Editora Nacional, Madrid 1984; p. 370.

²⁴ Mollat, p. 50; *Meditación sobre la noción común de justicia*, en *Escritos de filosofía jurídica y política*, Editora Nacional, Madrid 1984; p. 91.